

Martin F. Castañeda

20100131

Entonces seguí mi paso, llorando y lamentándome. Pensando ¿por qué nunca hice lo correcto? Ya es muy tarde para mí. Ella está contigo ahora y tú estás ciego porque no miras su engaño. Pero bueno, tal vez te lo mereces por hacerme sentir así y destrozarme por dentro. El sangrado no para, el dolor es peor cada segundo que pasa. ¿Tan inútil soy, que no puedo acabar conmigo mismo correctamente? Lástima. Solo quería hacerte feliz, pero tú nunca me diste la oportunidad. Ya ahora nada tiene sentido para mí, mi propósito aquí ya no significa nada para nadie.

A la vuelta de la cuadra veo por la ventana sus sombras en la pared y ya ni me importa, ahora soy de piedra. Paro un segundo y decido cruzar la calle. No me importa nada, ya no siento nada. Subo las gradas y cada paso se vuelve más suave, mi corazón late rápido, mis sentidos se apagan. Ya ni me siento yo mismo, nunca pensé que sería capaz de hacer esto. Pero ya estoy aquí y no hay vuelta atrás.

Las lágrimas no me dejan ver claro, la sangre en mi nariz no me deja respirar. Ese dolor, ahora más fuerte que nunca, me impulsa y entro por esa puerta. Asustado por el ruido, sales a ver qué pasa, y esa cara de miedo y asombro tuyo solo me da placer. Siento que el tiempo se detiene. Casi como si lograra comprenderme a mí mismo ahora, y a ti también. No, solo estoy cayendo en tu trampa de nuevo. Te tengo lástima, pero mejor dejaré que vivas sintiendo la culpa por mí.

Oigo tu voz, pero me niego a escuchar tus palabras envenenadas. Ella sale de tu cuarto, veo su cara y me reflejo en su mirada. Ahora soy como ella. ¿Cómo llegué yo a esto? Mi corazón roto se reintegra con las piezas equivocadas. Ya es muy tarde para mí.

El cuarto se oscurece y sigo la única luz que veo a mi lado. Oigo tu voz cada vez más suave, mientras me acerco al fuerte resplandor. Un tropiezo, y de repente caigo de un susto que me revive por un instante. Hasta que mi cuerpo se rompe contra el techo de ese flamante carro rojo parqueado frente a tu edificio. Siento frío. Solo veo arriba a tu ventana y te sonrío, sabiendo lo egoísta que soy y como ya nada podrá lastimarme. Cierro mis ojos para siempre, y estoy en paz. Tú, quédate admirando tu vida como lo has hecho y algún día, eventualmente, te habré arrastrado conmigo.